



La pediatría y el cultivo de los niños mexicanos

¡No hay que olvidar!

Sólo hay un niño bonito en el mundo y cada madre lo tiene.

Proverbio chino

Leopoldo Vega Franco

Tal vez ahora nos parezca que la palabra «puericultura» denota algo ajeno al ejercicio de la pediatría, por lo que es pertinente en este espacio editorial precisar algunos conceptos. La Pediatría organizada nació en México en la primavera de 1930, al fundarse la **Sociedad Mexicana de Puericultura**, que dos lustros después tomó el nombre de **Sociedad Mexicana de Pediatría**.

Cabe preguntar ¿Que argumentos dieron lugar a este cambio de nombre? Es difícil inferir la respuesta correcta, pero se pueden hacer algunas presunciones; empecemos por la acepción que se da a los dos sustantivos implicados en el cambio. La palabra **puericultura** significa **cultivo de los niños** (Del latín *puer*: niño, y *cultura*: cultivo); es definida como: «Ciencia que se ocupa de la crianza y cuidado de los niños durante los primeros años de la infancia». Por otra parte, la palabra **pediatría** viene de las voces griegas *pais*, *paidos* que significan niño, y *iatros*: médico. Se define como «Parte de la medicina que trata del desarrollo y cuidado de los niños, de las enfermedades de la niñez y de su tratamiento».

Así pues, por las definiciones que se dan a estos términos,¹ mientras que una de estas disciplinas se ocupa sólo de la crianza y el cuidado de los niños, con particular énfasis en sus primeros años, la otra tiene como función principal, conocer de su crecimiento y desarrollo, y de los cuidados que deben recibir para lograr su plena madurez, de acuerdo a las potencialidades genéticas que recibieron de sus padres. Como parte de la medicina, su misión es evitar, mediante la prevención primaria (promoción de la salud y protección específica de las enfermedades) o secundaria (por el diagnóstico precoz y el tratamiento oportuno de los enfermos), las posibles desviaciones de la salud de los niños.

Definidos los términos y delimitados sus ámbitos de acción, a media centuria de haberse modificado el nombre de nuestra Sociedad parece razonable pensar que el cambio fue apropiado; sin embargo, es conveniente hacer otras reflexiones. Si quienes hemos contribuido a la for-

mación de las nuevas generaciones de pediatras nos detuviéramos a pensar lo que ha sido nuestra labor docente, pesaría en nuestra conciencia haber asignado más tiempo a transmitir nuestras experiencias y conocimientos sobre «las enfermedades de la niñez y de su tratamiento»— como se indica en la definición— y hemos descuidado la preparación de los jóvenes pediatras en el conocimiento del niño sano; no sólo en lo que respecta a su crecimiento corporal, sino también en cuanto a su comportamiento, sus actitudes, aficiones, temores, sueños, todos ellos en constante cambio durante su proceso evolutivo. En suma, los fundamentos científicos de la información que es traducida por los pediatras a consejos que deben dar a las madres acerca de los cuidados y la crianza de sus hijos.

Sin pretender que el análisis de las definiciones nos acerque al porqué del cambio de nombre de la Sociedad, sólo porque la función relevante en una difiere de la que se enuncia en la otra, se antoja pensar que el legado de conocimientos que hemos recibido y nuestras vivencias como pediatras del presente, nos sitúan en una posición diametralmente distinta de la que tenían los «médicos de niños» —como en esa época eran llamados los pediatras. Dice Don Alfonso G. Alarcón, en las Memorias del Segundo Congreso Mexicano de Pediatría² —convocado por la Sociedad Mexicana de Pediatría en 1944— que «En México, la Puericultura ha sido hija de la Obstetricia, y la Pediatría hija de la Puericultura». Al sustentar su opinión menciona como fundador de la Puericultura Nacional al Dr. Don Manuel Domínguez, quien se hizo cargo en 1884 de la Casa de niños Expósitos, ahora Casa de Cuna; señala, que este ilustre médico estableció normas y pautas para el cuidado y atención a los niños más pequeños dedicando la institución únicamente a ellos.

Afirma luego, que como consecuencia de los exiguos conocimientos médicos acerca de las enfermedades de los niños, el ejercicio de la pediatría se sustentaba «en condiciones de ensayo y dentro de la oscuridad de los

fenómenos de la infancia, entonces apenas conocidos», por eso en 1900 estableció el servicio médico para los niños internos, el cual confió al Dr. Ricardo Cicero, a quien el Dr. Alarcón califica como un «médico empeñado que inició la era de la Pediatría científica» estableciendo como norma el registro metódico de datos biométricos y antropométricos de los niños, primero con propósitos de identificación y luego como fundamento para el diagnóstico y pronóstico de sus enfermedades.

Tal parece que los avances en el conocimiento acerca de las enfermedades y los adelantos terapéuticos, hicieron que poco a poco la Pediatría se olvidara de su «madre»: la puericultura. Los avatares de la Segunda Guerra Mundial dejaron un vacío de dos lustros en que la secular influencia de la Pediatría Europea, que predominó hasta antes del conflicto bélico, fue sustituida por la Pediatría Norteamericana. En esta gradual transformación, los viejos conceptos de puericultura fueron remplazados por medidas pragmáticas de control y prevención de las enfermedades basadas en aportaciones científicas, posiblemente medraba ya en la conciencia de algunos pediatras la idea de: ¡para qué explicar a las madres las medidas que deben tomar ante un brote epidémico de una enfermedad si sus hijos ya están vacunados! Probablemente fue así como muchos de los consejos acerca de la crianza de los niños pasaron a ser obsoletos, y los que deberían conocer las madres ante la aparición de nuevas amenazas a la salud de sus niños, fueron dejados al personal responsable de la salud pública o de la seguridad social. Sólo los médicos calificados como exitosos conservaron la costumbre de dar consejos a las madres sobre el cuidado de sus hijos.

En el otoño de 1949, cuando tiene lugar en la Ciudad de México el III Congreso Nacional de Pediatría, conjuntamente con el II Panamericano de Pediatría, en ellos se presentan 206 trabajos y fueron leídos 196.³ El programa que aparece en las Memorias ilustra dos hechos para la historia: la evidente hegemonía que ya ejercía la Pediatría Norteamericana en la práctica de la pediatría; y la presentación formal, en un evento internacional, de la naciente escuela de la Pediatría Mexicana. Habían transcurrido sólo seis años de haber sido inaugurado el Hospital Infantil de México y el programa dejaba ver el ímpetu del trabajo clínico y científico de quienes laboraban bajo la dirección de Don Federico Gómez Santos. Sólo una observación más: la Puericultura era cosa del pasado en los eventos científicos.

Aunque el ejercicio de la Puericultura, ligado al de la Pediatría, parecía haber desaparecido, en el Centro Materno Infantil Gral. Maximino Ávila Camacho, el Dr José Peinado Altable se esforzaba por impulsar la Paidología. (Del griego *país*, *paidos*: niño, y *logos*: tratado). Esta disciplina es ahora definida como la «Ciencia que estudia el desarrollo físico e intelectual del niño, a través de las dis-

tintas fases por las que atraviesa teniendo en cuenta las condiciones ambientales que lo rodean y las relaciones que el niño tiene con su ambiente»,¹ es pues, la ciencia que da vigencia y fundamento a la puericultura contemporánea en su extensión más amplia, que abarca la primera y la segunda infancia, y la etapa de lo que antaño se denominaba **puericia**, delimitada por la aparición de la segunda dentición y el despertar de la pubertad. Casi cincuenta años después el libro de Paidología de Peinado Altable⁴ permite contemplar la amplia visión con la que este autor pensaba que debería ser estudiado el niño: desde la concepción hasta el final de la adolescencia.

Los conocimientos acumulados en medio siglo de investigaciones en los campos de las ciencias médicas, y en los que conciernen a la psicología, la sociología y la pedagogía, por mencionar sólo algunos, nos llevan a la búsqueda de lecturas que nos permitan rescatar los conocimientos que podamos traducir a consejos prácticos a las madres, para cumplir con misión de cuidar la evolución de sus hijos. Tal vez en el campo de la pediatría es fácil encontrar información para evitar de manera temprana que los niños tengan daños físicos por enfermedades, o lesiones por accidentes, pero es preciso tener conocimiento en lo que atañe a su proceso evolutivo. Para quien tenga esta inquietud, una lectura recomendable puede ser el libro: El desarrollo humano, de Juan Deval,⁵ profesor de Psicología Evolutiva y de la Educación en la Universidad Autónoma de Madrid. Con extraordinaria sencillez el autor aborda temas relacionados con la maduración neurológica que se manifiesta en el desarrollo de habilidades psicomotrices, en la gradual integración afectiva, emocional y social del niño al mundo que lentamente se dilata en el devenir de su desarrollo. Nos acerca a respuestas a múltiples problemas que ignoramos, como: la comprensión de la realidad y la fantasía en los niños, el desarrollo que experimentan en conceptos morales, lo que piensan, como se desarrolla su capacidad para pensar y otros temas de singular interés. Hay, pues, mucho **que aprender para aconsejar a cada una de las madres que tienen al único niño bonito que hay en el mundo.**

BIBLIOGRAFÍA

1. Diccionario Anaya de la Lengua. Madrid: Grupo Anaya 1991.
2. Alarcón AG, editor. *Memoria del Segundo Congreso Mexicano de Pediatría*. Tomo I. México, DF: Sociedad Mexicana de Pediatría 1946; 11-24.
3. *Memorias del III Congreso Nacional de Pediatría y del II Congreso Panamericano de Pediatría*. México DF: Productos Nestlé (México) 1950; 37-49.
4. Peinado Altable J. *Paidología* 2ª ed. México DF: Editorial Porrúa 1958
5. Deval J. *El desarrollo humano* 7ª ed. México DF: Siglo Veintiuno Editores 1997.